

MITOS Y LEYENDAS DEL HUILA

Los Relatos de la Sombra

Leo Cabrera Guzmán
Secretario General Academia Huilense de Historia.



En el comienzo de este ensayo, he de rendir homenaje a nuestra gente. A quienes en diferentes escenarios, en cada una de las localidades del Huila, defienden al lado de los fogones, en noches propicias, el patrimonio invaluable de nuestras consejas, mitos y leyendas populares.

En cada narración los contenidos se enriquecen con los aportes personales, que abrillantan, complementan y dan credibilidad al paso presuroso en medio de la noche de La Entaconada, a la caza de nuevos beodos e infieles a quienes aterrorizar con las vista de su calavera

sonriente, en las localidades de Tesalia y La Plata. El perro de ojos llameantes, encaramado en la grupa del caballo del abuelo, el cual cabalga despavorido y entra de un salto por la ventana, a la sala donde teje su mujer, en una finca de Paicol, o los gritos desgarradores en procura de auxilio, de quienes fueron secuestrados por endriagos y trasgos justicieros como castigo a su descreimiento y su maldad.

Debo agradecer, además, los merecimientos, dedicación, inteligencia, verosimilitud y rigor, poesía y amor por lo nuestro, que impulsaron a reconocidos amantes de estos asuntos: Javier Ocampo López, Camilo Francisco Salas Ortiz, Guillermo Martínez González, Guillermo González Otálora o Félix Ramiro Losada.

La conciencia de los pueblos, afianzada en patrimonio de su pasado, producto de ecos y reverberaciones de hechos gloriosos, grandes dolores y regocijos, colmada en esperanzas por realizar, necesitada de progreso y seguridades, tiene en su base según determinadas escuelas, un pensamiento autónomo y reivindicador. Carl Gustav Jung, lo llama el inconsciente colectivo. El sueño es alimento vital de sus raíces.

Los mitos como explicación del universo, están profundamente emparentados con la sombra. Se ama y es digno de ser preservado lo que respetamos, así ese respeto esté subordinado a la oscura zona de los temores infantiles, como medio para el establecimiento de senderos morales de conducta, y se haga necesario que la imaginación grupal asigne personalidad a las pasiones, al mal siempre amenazante pero constantemente derrotado por los héroes populares, imaginarios o históricamente reales y que el todo se envuelva al calor de los fogones familiares en literatura oral, que perpetué las enseñanzas y resultados éticos de su mensaje.

Son incontables los Mitos, Leyendas y Consejas conservados como patrimonio precioso de la identidad regional en la memoria de nuestras gentes campesinas, transmitida por tradición oral, desde tiempos de la conquista. Nos referiremos a algunos de ellos.

EL TAITAPURO Y LA MAMAPURA- Entes de origen en las tradiciones pijao y guambiana, detectadas en Piendamó y Popayán, en las cuales se les consideraba preservadores del fuego y de las cosechas. Los vocablos tata, taita y mama, presentes en las lenguas quechua y aymara, se refieren a las condiciones de padre y madre, generadores de la vida y sostenedores de la familia, conceptos a los cuales suman los sufijos puro, pura, presumiblemente procedentes del castellano, virtudes e ideales relacionados con la perfección moral, lo cual haría a dichos personajes legendarios seres benéficos y bien intencionados. Constituye un misterio la época, vías y causas de su potente y duradera incorporación al folclore de nuestra región.

En el Huila, el Taitapuro es un gigante alegre, ataviado con la indumentaria lugareña de trabajo, quien alumbra por ojos y boca y acompañado por gentes festivas, recorre en noches claras campos y veredas, en medio de aires bambuqueros y coplas chuscas para invitar al jolgorio a los moradores, cerca de las fiestas de San Juan. La Mamapura, su contraparte femenina, es campesina honrada, juerguista, ingeniosa y dicharachera. Son seres que tutelan los festejos solsticiales del San Juan y el Sanpedro. En las grandes celebraciones de San Juan, San Pedro y en el Festival del Bambuco se les representa a la cabeza de los desfiles como amos y señores de las celebraciones.

La conmemoración del Taitapuro era para los guambianos, gente Wam, "la fiesta del abuelo anciano", representado escénicamente por un muñeco ataviado con la vestimenta tradicional. En la celebración se recitaba un documento que refiere su vida, da el consejo de no pelear en familia y enseña a los pobladores a vivir en sus tierras sin dividir las. Era un mensaje de gran connotación histórica en cuanto a memoria y territorio, en cuanto hablaba de la gesta de los Misak – Misak y

fijaba normas de vida para el presente y el futuro, las cuales, trazó originalmente, según la tradición, el legendario líder Juan Tama. Curiosamente con el paso de los años, los blancos de Nariño y el Cauca, comenzaron a llamar Taitapuro, al muñeco relleno de trapos, aserrín y pólvora, que se quema a media noche en la llegada del Año Nuevo.

EL MOHAN.- Genio tutelar, protector de las corrientes de agua de la región del Alto Magdalena. En muchas formas se lo describe: a veces viejo, bonachón y chocarrero, en ocasiones hombre maduro de piel tostada y mirada severa. Aseguran quienes lo han visto, que es un indio con el cabello mas largo de la altura de los hombros y los ojos deslumbrantes, que silencioso se mueve por las corrientes, y torrentales, el tabaco prendido entre los dientes. Fue un chamán, tegua, curaca o taita, quien profetizó la venida de los españoles y las monstruosidades y abusos de la conquista, se refugió en el monte y llegó a ser deidad de los ríos. Se le llama Mohán por el término muisca 'mojas', con que los Chibchas denominaban a sus sacerdotes o mamas. Una divinidad acuática, para otros un endriago perverso que causa males incalificables.

Enamoradizo, encanta a las lavanderas y campesinas jóvenes que le aman hasta la entrega de la vida en los remolinos, o las secuestra, para luego devolverlas para siempre distantes y mohínas. Se caracteriza por la magia cautivadora de su silbido, que hechiza a quienes lo oyen y los sujeta a su voluntad.

Cuando los truenos galopan su destello en las nubes, en las cabañas de los pescadores que sienten venir la creciente, la gente se santigua, porque lo que se escucha es el trasteo del Mohán que lleva para mejor resguardarlos, de un sitio a otro sus tesoros. Se le rinden tributos en tabaco y sal para que no enrede los chiles ni le enturbie el agua a los pescadores ribereños, o se colocan pesas de cobre a las mallas, para alejarlo.

EL POIRA.- Es otro dueño de los remansos del río grande. Desenfadado, chocarrero, maldiciente y lascivo, adopta las figuras de un enano oscuro, en oportunidades un bello mancebo, que roba a las casadas de sus ranchos, atrayéndolas con requiebros y súplicas, o toma lo que quiere por la fuerza. Ocasionalmente se manifiesta en los caminos cercanos a la orilla, adoptando la apariencia de un niño recién nacido que llora desconsoladamente. Si se lo recoge y arrulla, ríe a carcajadas con voz ronca de varón y muestra sus dientes inmensos y afilados para pánico del embromado, pero sin causarle aparte del susto, mayor daño.

Hay quien dice que es bebedor de anís, de chicha, que por ello se acerca en las noches a los sitios donde se escuché un tiple y que su presencia se revela como un silbido suave entre los matorrales, mientras se cuela en la fiesta, bajo la apariencia de alguien conocido o de confianza.

Cuentan los escasos mortales que han charlado con él, que si se logra retenerlo con bambucos, hasta alborear, queda preso de su interlocutor e invisible se ve obligado a acompañarlo, ligado al afortunado, hasta tanto no entregue alguno de sus bienes consistentes en tunjos de oro que en tiempos inmemoriales le confiaron los indios en custodia.

LA MADRE DE AGUA.- Puede presentarse como una persona desnuda, de piel húmeda y blanquecina, cabellos largos de color claro, ojos grises y cautivadores, hembra o varón según la necesidad, para advertir de males a sus protegidos, pero su apariencia real es la de una serpiente de brillantes colores, similares a los del arco iris, que pasado el crepúsculo, se transforman en suave fosforescencia. Es otro de los seres vinculados por mágica relación con las fuentes, sumideros y corrientes de agua, desde donde a veces en la noche se pueden escuchar sus cantos susurrados, similares al murmullo del viento y solamente pueden ser entendidos por quienes aman la musicalidad y brillo argentado de las aguas. Como otros mitos protectores de la inocencia y la buena voluntad, su temperamento es dulce y benévolo. Suele la Madre de agua, enamorarse de determinados seres humanos, a quienes desde su eternidad, protege y ampara durante el tiempo de vida como mortales. Su afecto, es privilegio que cuesta, porque quienes cuentan con ella, alcanzan la serenidad y el aprecio de otros seres humanos pero nunca se enriquecen o alcanzan fama y poder.

LA CANDILEJA.- A veces una bola de fuego bermejo, que rueda por entre los matorrales sin quemarlos, en otros casos se muestra como tres hachones que marchan humosos por el azul oscuro de las primeras horas de la noche en los caminos de herradura, enredando llamas y susurros como quien hace malabares. La acompaña un desapacible ruido de tiestos rotos, suspiros y sollozos.

Quizá un alma en pena encadenada a las sombras por los chicos tesoros que en vida acariciaba, y que busca incesante pasando a través de los muros de ranchos de bahareque, tal vez una mujer ardiente en lujurias pasadas. Su presencia presagia las muertes familiares o golpes de fortuna.

Otras versiones, aseguran que los hachones que revolotean, son los espíritus de tres hermanas, que desobedeciendo los consejos de la madre y la abuela, a espaldas de sus maridos y sus hijos, dieron satisfacción a sus lascivias e infidelidades en días de Semana Santa.

Acostumbra dejarse ver en caminos, casas abandonadas o en las orillas de los ríos, en noches de tormenta. Como es de carácter vengativo y de mal agüero, los campesinos la ahuyentan amenazándola con machetes, en medio de insultos y recriminaciones por alcahueta y sinvergüenza.

LA PATASOLA.- Visible entre las horas del crepúsculo y las primeras luces del alba, ser condenado a vagar eternamente por su antigua maldad, tiene el estigma amenazador de sus deformidades merecidas. Mujer infiel asesino a sus hijos para evitarse los afanes, cuidados y trabajos de la maternidad.

Mutilada por su marido quien le arrancó en castigo una pierna, un pecho y un ojo, murió sin pizca de arrepentimiento y al comenzar a vagar en espíritu por las veredas del Gran Tolima, poco a poco su único pié fue trocándose en la pezuña hendida de un caprino. Odia y la atemorizan las palabras hacha, herramienta con que cortaron su pierna, maíz, por la hoguera de mazorcas secas y ameros en que quemaron la pierna, el seno y el ojo amputados y machete, el sonido de cuyos golpes, anuncia la llegada de los odiados humanos, campesinos y colonos.

Engendro aterrador y antropófago, roba niños dormidos para luego matarlos chupándoles la sangre y castiga a los hombre lujuriosos a quienes se muestra en principio como mujer fácil y hermosa para luego de mostrado su aspecto verdadero devorarlos, hasta dejar su osamenta raída. Se han salvado de la muerte, en medio de aberraciones salvajes y venganza brutal, algunos que la distrajeron con sus suplicas hasta las primeras luces, porque su poder se desvanece con el día.

LA MADREMONTE O MADRESELVA.- Un endriago benéfico de las zonas boscosas del sur de Colombia. Es el espíritu guardián de la naturaleza vegetal. Benigna para el hombre, protege los linderos y ganado de quienes trabajan honradamente, les orienta en las trochas y senderos si se encuentran perdidos, pero castiga de forma atroz, borrando los caminos de retorno y haciendo morir, desangrados por las espinas de matorrales impenetrables, a quienes por ambición hieren los árboles con hacha.

De porte majestuoso y mirada que se filtra en el alma de quienes la ven, tiene el cuerpo y el cabello compuestos por hojas, helechos y bejucos. Sostienen que fue en lejana época, una agraciada princesa indígena, quien a pesar de las prohibiciones de sus mayores, se internó en la montaña en busca del desterrado aborígen que amaba y que perdida entre la infinita maraña de los árboles, fue vista con buenos ojos por su deidad quien le dio vida eterna, pero no pudo levantar la maldición del padre que la encadenó a las espesuras. Protegen contra su poder los abalorios y amuletos confeccionados con pepas de cabalonga, el porte de un perrero elaborado con madera joven de guayacán, escapularios y medallas benditas y las oraciones o jaculatorias.

LA LLORONA.- Mujer eternamente joven y adolorida, enfrenta una eterna reprobación. No causa mal a nadie, casi nunca se muestra, pero su sollozo se siente en bosques y llanuras, como recuerdo del hijo que por vergüenza tuvo lejos de los poblados, no pudo alimentar y cuyo cadáver cargó putrefacto y abrazó hasta dejar la propia vida. Ni en su eternidad ha encontrado consuelo porque así la gente intuya su paso cargado de lamentos, ella no puede verles, sumida en los tormentos interminables de su angustia.

Al escucharla la gente de los bohíos de vara en tierra, se persignan y rezan porque su alma encuentre un sitio de reposo.

EL DUENDE.- Trasgo dañino, lascivo, juguetón, falaz e irresponsable, este ser se atraviesa en la vida sencilla de las muchachas campesinas para asediarlas en forma insistente y apasionada hasta que pasadas algunas semanas, se aleja también a su capricho. Las mujeres tocadas por el duende, se tornan inapetentes, ríen a solas, cantan y bailan, celebran las cosas tristes que pasan a los otros, pierden peso y en ocasiones conocen cosas secretas de otras personas.

Pueden verle los niños hasta de cinco años, a quienes como lo conocen, considera compañeros de juegos. En ocasiones los traslada a lugares elevados de difícil alcance, a los cuales los adultos tratan de explicarse como pudieron llegar, como una burla inofensiva, porque siempre se los encuentra ilesos.

Apedrea las casas de quienes no le gustan. Pierde el ganado entre los matorrales y en ocasiones maneja los caballos unos con otros en los corrales para que se lastimen. Es culpable de que, desaparezcan puntillas y alfileres, pero en actitud inexplicable defiende las cosechas de los pájaros, regala piezas de oro por que sí, o prende candela a los rastrojos.

Amigo de quedarse con toda clase de cosas brillantes y pequeñas, que esconde en los lugares más impensados, pero siempre cerca de la gente, dentro de los tarros de guadua de las talanqueras, debajo de las piedras de lavar, o en los zarzos de las casas siempre que sean antiguas y sombrías. Lo ahuyentan y neutralizan los pañuelos raboegallo, las medallas benditas y los anillos de las casadas.

EL POLLO MALO.- cadena de reemplazos, pérdida de tiempo para el premio o castigo en la eternidad, es uno de los extraños, entre los mitos relacionados con los animales domésticos, la nocturnidad y las influencias maléficas en el entorno cotidiano.

Dicen las gentes de ciertas comunidades del sur del Huila: Chillurco y las riveras del Guarapas, que en las noches sin luna, se escucha proveniente del cielo, sobre las techumbres de las casas campesinas, el piar destemplado de un pollo joven. Para quienes lo escuchan, es consejo de que se debe vencer el insomnio, arroparse en mejor forma, recogerse con la cara hacia el rincón y luego sumirse en un sueño acogedor y protegido por el ángel de la guarda, porque su sonido es el anuncio de cosas malas que sucederán a alguna persona conocida.

Es peligroso oírlo, si se encuentra uno a descubierto y mas, si se halla en situaciones pecaminosas o bajo la influencia de botella y media de aguardiente entre pecho y espalda. Cuando se la oido varias veces sin ya prestarle atención, la cantinela del Pollo Malo, es anuncio de su próxima visita, a una de sus futuras víctimas. Se presenta en las horas del crepúsculo, como un ave de corral, diferente de las que tenga uno en la casa.

Casi siempre oscura, cenicienta y de ojos rojos que despiertan la curiosidad del tentado. Con los fatuos y amigos de lujos y apariencias aparatosas, es un bello gallo quirico de plumas esmeralda y oro, pero que porta un aire misterioso y cautivador que obliga a seguirlo, siendo ese el desafío de la otra vida, la de la sombra, para los campesinos ambiciosos y de pocos escrúpulos. El animal obliga con su apariencia a la curiosidad, a la tozudez y el escogido termina siguiéndolo de forma apasionada que se convierte en una obsesión. Si se acerca la claridad, o se echa uno la bendición, escapa únicamente con los aruñetazos de los matorrales de espinos y pringamosas.

Si no escoge el buen rumbo, se verá enfrentado a elegir cuando ya tenga arrinconado al pollo malo, entre dejarlo ir, o aceptar el pacto, alzándolo del suelo, caso en el cual, se convierte en una calavera que le pregunta si quiere cumplir los mayores deseos de su vida a cambio de dejarlo ir por esta vez. Tendrá cada vez que se acuerde de el, cumplidos los deseos: Todo el dinero que quiera, las mas bellas mujeres, los mejores animales, la tierra mas productiva y los amigos mas divertidos y viciosos, que lo ampararán en la realización de todos los delitos que le venga en gana y capricho cometer.

Le está prohibido, para no volver a estar de nuevo en la pobreza, realizar alguna obra de caridad, regalar si no es por interés o avaricia, algo de lo obtenido, porque debe invertir en lo que arrastre a los vicios a los incautos. Tendrá éxito y respeto

social, pero se compromete a ser el mismo pollo desde el momento de su muerte, hasta que venga un nuevo ambicioso a reemplazarlo, para así poder cumplir su destino definitivo en los infiernos e ir a ocupar su paila, en una historia de males, continuada y perversa.. Rara vez cae alguien en el engaño y por eso los pollos malos duran tantos años volando sobre los campos.

Es mejor no poner atención a sus quejidos. En realidad el ave, cuyo canto agorero se escucha sobre los árboles vespertinos en noches de luna, es un búho pequeño, el mochuelo, común en nuestras regiones del sur y muy similar en su reclamo nocturno al de los pollos jóvenes en busca de comida.

EL PERRO NEGRO.- Aleccionador de infieles y protector de las mancebas, conocido por tunantes y bebedores, en veredas y caseríos en jurisdicciones de Palermo, Teruel e Íquira. Algunos cosecheros que viven en barrios nuevos de esas localidades, juran que es cierto que en muchas noches de final de semana a ellos o a algunos de sus compañeros de trabajo, les ha acontecido que por andar en malos pasos, borracheras y visitas a lugares no santos, donde se paga por lo que aparentemente resulta gratuito en el santo matrimonio, cuando vienen a pie, o en sus bicicletas de regreso a sus casas, se les ha aparecido un perro negro, ente de ojos colorados y relumbrantes, de pelaje oscuro y desordenado, cuya alzada sobrepasa al metro.

En principio es amistoso compañero de camino, pero a medida que avanzan en su ruta, parece hacerse mas grande y amenazador, hasta que a pocos metros de la vivienda, toma su máximo tamaño y enseñando colmillos inmensos y afilados y ojos bermejos y encendidos, se les interpone en el camino para obligarlos a regresar al lugar de donde venían.

Algunos de ellos, haciendo un esfuerzo de voluntad, con los cabellos erizados y avanzando con pasos cortos y temerosos, sin que sea posible que sus gritos pidiendo ayuda sean escuchados por nadie, logran llegar hasta la puerta de sus viviendas, en donde se desmayan o son acorralados, sin poder entrar por la bestia, que desaparece a la salida del sol.

Si por el temor se devuelven a las cantinas y los prostíbulos, cada vez que miran hacia atrás, constatan que el mastín del diablo se encuentra allí asegurándose de que volverán al pecado. Hay quien por dicha causa - eso dicen a sus esposas - se ha aterrorado tanto que se demora hasta tres idas en regresar al hogar. Otros,

los que se enfrentaron al animal, probablemente, simplemente desaparecieron sin que se haya podido aclarar verosímilmente su paradero.

Los maridos, de tiempo atrás lo han utilizado como disculpa para sus rascas y llegadas a media mañana, porque: - "¿Mijita, - quien en su sano juicio, regresa temprano a la casa, si lo puede arrastrar para dentro del monte, una bestia tan espantosa?".

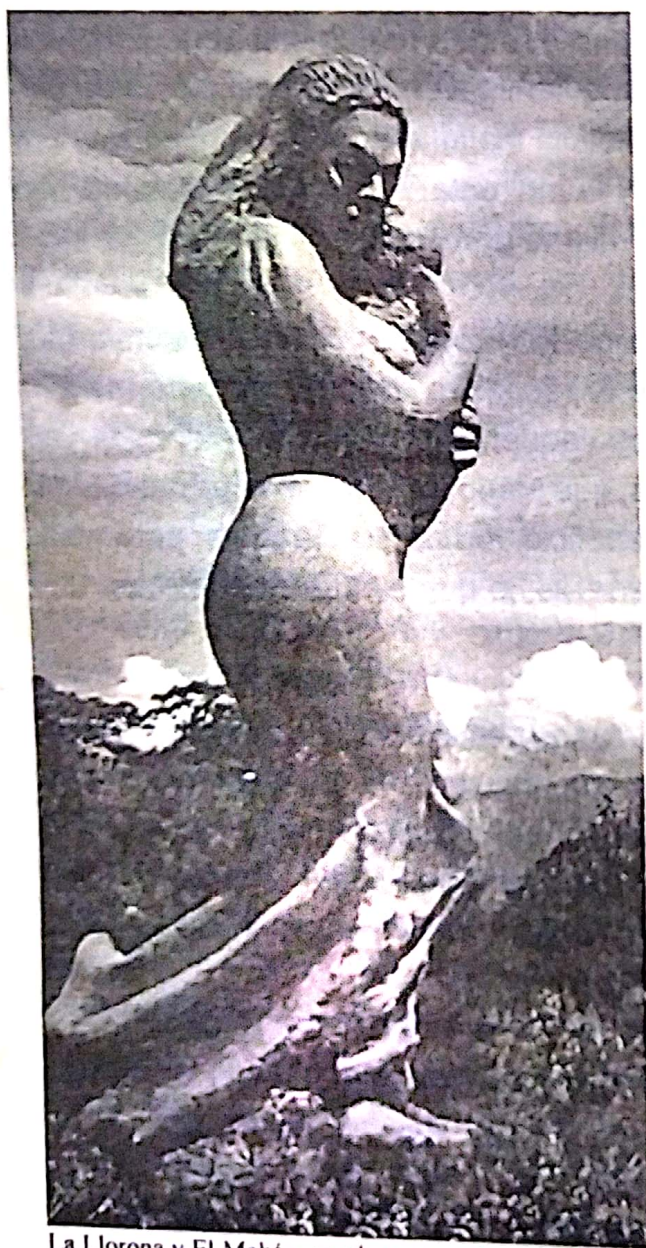
JUAN VAQUERO Leyenda contada en el municipio de Yaguará, desde tiempos de finales del siglo XIX. Se dice que existió un peón de ganadería, trabajador, ambicioso y de mal talante, cuyos arrestos mala fe y falta de religiosidad, eran de todos conocidos. Vivía solo, sin mujer, hijos o parentela cercana. Eran sus escasos amigos, los matarifes del pueblo, quienes a veces, por simple diversión, le desafiaban, para que demostrara su malicia fastidiando a alguien, porque era un entendido en las artes de la malicia y la indirecta. Arrestado, desafiante, en muchas ocasiones, dijo no temerle ni al mismo demonio.

Eso si, en su oficio era rematadamente bueno. En esos tiempos era acostumbrado, que se dejara enmontar el ganado y se lo recogiera después de determinado tiempo, para llevarlo a los mercados. Los vaqueros debían lazar y dominar las reses bravas, para unirlas a las manadas, que luego se llevaban a los mercados, o se entregaban al matadero para su beneficio. A Juan lo buscaban para lazar y traer hasta el pueblo, las reses más cerreras, lo que le resultaba fácil, porque era hombre fornido y voluntarioso.

Un Jueves Santo, un desconocido le pagó unos pesos por ir a traer un toro negro y resabiado que habían visto vagando desde una semana antes por la loma de La Cruz. Juan Vaquero aceptó de inmediato, pese a los consejos de los otros baquianos, quienes le advirtieron de lo sacrílego del encargo. Buscó su mejor reja y en la madrugada del viernes, alcorado, se montó en una mula que alguien le prestó y se fue a traer el animal.

Decían quienes le vieron pasar, que iba de malas pulgas y gritando groserías, con una botella de chirrinche en la mano. Nunca se volvió a saber de él. Juran algunos lugareños, que si uno pasa a las tres de la tarde de cualquier Viernes Santo por la Loma de la Cruz, podrá oír los improperios y lamentos del condenado, en su lucha con el toro negro hasta la eternidad.

LA MULA HERRADA o MULA RETINTA.- Se oye hablar de ella, a los viejos, en jurisdicciones del sur del Huila. El cuento, medroso que en otros tiempos se contaba alrededor de los fogones campesinos, decía que, cabalgadura descomunal de ojos fulgurantes, era el medio de transporte del Mandingas. Sus herraduras que de vez en cuando quedaban como prueba de sus trasegares por la oscuridad en noches de tormenta, eran de oro. Algunos aseguraban, que su invisible jinete, venía por las almas de aquellos que por su mal obrar, habían ganado prematura condenación y a quienes llevaba en vida al infierno, en medio de alaridos de terror, no quedando rastro alguno y escasa memoria entre los vecinos, sobre los desaparecidos. Era el castigo de quienes traicionaban la fe, apostataban o eran blasfemos. En caso de que alguien intentará atraparla con el chamбуque o rejo de enlazar, simplemente se disolvía en el aire, en medio de relinchos burlones, negra como la más profunda de las oscuridades.



La Llorona y El Mohán, esculturas creadas por el maestro Segundo Huertas, actualmente en el Parque Mitológico de Neiva. Fotos de martin Borrero Urbansky.